



El invierno suave

A propósito de una frase de Miguel Ángel Rodríguez Matellanes

“**Va a ser largo**, muy largo, este invierno”, dice el editor un momento antes de que llegue el camarero chino con los primeros platos. El escritor mira a su alrededor sin ver nada concreto. ¿El invierno? A él le está gustando este invierno, más que ningún otro que haya vivido. Ojalá tenga razón el editor y sea largo, muy largo, incluso eterno, el invierno suave, el suave invierno.

Esta columna realmente podría acabar aquí porque la quintaesencia de lo que pretendo transmitir ya está encapsulada en las líneas anteriores, en ese texto brevísimo que pertenece a un género al que he bautizado como *relampo*, palabra de mi propia invención (ruego se disculpe mi audacia) que bebe dos veces del latín: relampare y relatare. Me inspiré para escribir el *relampo* con el que he abierto mis 3.100 caracteres semanales para *Cambio16* en las palabras que pronunció mi amigo, y editor más constante, **Miguel Ángel Rodríguez Matellanes**, una noche mientras cenábamos en el “japo” de la calle Ayala. Se refería Miguel Ángel Rodríguez Matellanes, a quien todos los animales de la fauna literaria suelen llamar Matellanes, no al invierno climatológico, sino al momento por el que pasa el siempre humilde mercado literario. Dijo Matellanes, sostuvo en el aire Matellanes con la misma magia



*La segunda norma es que al lector, o a quien lo escuche, le sea **más difícil comprenderlo que al escritor escribirlo***

que *Sostenía Pereira*, la frase: “Va a ser largo, muy largo, este invierno”. Sonó como un trueno, y a modo de trueno lo utilicé como detonador del *relampo* que abre este artículo o columna de opinión, y que para algún tipo de lector especialmente inteligente bastará, no necesitará seguir leyendo. Aunque otra cosa interesante del *relampo* es que, incluso para quien lo haya escrito, son necesari-

rias más palabras para explicarlo que para crearlo. Hay una serie de normas en el juego de la creación de los *relampos* que he ido descubriendo al hacerlos, ninguna fue impuesta a priori, y por ello creo que solo yo (qué vanidosos somos los escritores) puedo escribirlos sin que suenen a copia o falsificado. La primera de esas normas es que los *relampos* se escriben a mano. En el ordenador es demasiado fácil tachar o rectificar o borrar o empezar de nuevo. La segunda norma es que al lector, o a quien lo escuche si se lee en voz alta, le sea más difícil comprenderlo que al escritor escribirlo. La tercera norma del *relampo* es su capacidad como semilla, debería siempre ser capaz de servir como inspiración para un texto más largo, o para analizar su estructura. En este caso, y al modo de **Hitchcock**, empecé con un trueno, un terremoto decía él, seguí con un lugar aparentemente inofensivo, pero amenazado por el relámpago anunciado por el trueno, y lo domé por medio del escritor coprotagonista, convirtiendo el posible incendio en fuego controlado, como un leño en una chimenea. Podría seguir ahora mismo escribiendo sobre *El invierno suave*, folios y folios, hasta una novela. De hecho acabo de borrar un montón de líneas —quizá interesantes— para evitar que sea demasiado largo este texto en el que hay, contando título y espacios, tres mil cien caracteres; exactos. ■

www.javierpuebla.com